

tencia se esfumaba poco á poco en una bruma dorada; veía desfilan los esplendores de *El Profeta*; las masas relucientes de corazas y banderas, las mutaciones vertiginosas, la pujanza de los coros y la orquesta le producían vértigo; y de repente, se levantó, sus ojos miraron al vacío, al sitio solamente visible para ella; un guerrero, vestido con un traje de lana blanca, vuelve la mirada y la rechaza.

—¡No! ¡este no es mi hijo!

Este grito, donde la desesperación, el desprecio y la cólera se mezclan en un solo sentimiento, se escapó de sus labios. Ariadna entraba en su papel.

Algunas horas después, acompañada de los buenos deseos de Olga, que tenía unos pocos de celos de su dicha, de verla aparecer en escena, aplaudida y tal vez cargada de coronas, Ariadna abandonó á Pavlovsk para ir á debutar á San Petersburgo. En tanto que su porvenir no se decidiese, debería habitar en el palacio de la princesa.

XXVIII

Durante los ensayos, Ariadna no veía nada de lo que pasaba á su alrededor. Únicamente se preocupaba en cantar á compás con la orquesta y en vocalizar bien, sin inquietarse de las personas extrañas que la rodeaban. No era la escena para ella aquel local grande lleno de cuerdas, de enormes pedazos de madera pintada, con el suelo atestado de trapos y trastos. Los actores representando con trajes de paseo; la ilusión era nula; y aquel género de trabajo, por nuevo que fuese para la joven cantante, sólo era trabajo y no arte; cuando menos no era el arte tal como lo había visto en sus sueños.

Pasó aquella semana sin que hablase con nadie en el teatro, excepto para las necesidades del trabajo; veía entre bastidores personas que la miraban casi siempre con poca benevolencia, algunas veces con irritación; esas figuras se borraban de su memoria, como las sombras chinescas desaparecen de la tela, no dejando ninguna impresión. Morini, que siempre la acompañaba, en cuanto se retiraba de la escena la llamaba aparte para hacerla nuevas observaciones; para darla consejos. En resumen, la debutante en aquellos días no vió nada del teatro.

—Pero—dijo la víspera de la representación,—no podré cantar si no he visto nunca la sala alumbrada. Ese foco luminoso delante de mí, me dará miedo si no me acostumbro á verlo.

—Es muy justo—repuso el profesor y fué en seguida á explicar al empresario la petición de Ariadna.

Algunos instantes después, al entrar la joven en escena, vió el teatro iluminado: la sala vacía, cubierta de fundas, como sudarios, le pareció fría, pero llena de luz y hermosa. Retrocedió, dejando de entrar á tiempo. Un murmullo de desagrado recorrió las filas de las coristas, maquinistas y demás público que asiste á los ensayos.

—¡Esto le pasa á todo el mundo la primera vez! —gritó Morini lanzando á derecha é izquierda miradas terribles.

—¡Silencio!—dijo el empresario.

Ariadna sintió la misma sensación que si todo el público hostil le hubiese arrojado un insulto á la cara. Con su exagerada sensibilidad, le parecía que todo estaba perdido, y cantó con un descorazonamiento que puso la muerte en el alma de su profesor.

Terminado el ensayo, la acompañó al palacio de la princesa y allí empezó á soltarle el largo sermón que llevaba preparado. Pero Ariadna por primera vez se le rebeló.

—Escuche usted, mi querido profesor—le dijo,—si quiere usted que cante mañana, déjeme tranquila hoy. Me zumban los oídos y no oigo nada de lo que usted me dice.

—¡Pardiez! Tienes razón—exclamó Morini,—soy un gran animal. Duerme bien, querida mía; levántate tarde y come poco mañana, y sobre todo nadá temas; todos los imbéciles que hoy te han hecho incomodar, estarán mañana de rodillas ante ti; yo el primero de todos.

Se fué en seguida, dejando á Ariadna entregada á sus meditaciones.

La joven permaneció un momento con el semblante entre las manos; una idea la asaltó, salió y se fué á visitar la tumba de su bienhechora. Cuando llegó, era de noche; el guarda la admitió con alguna dificultad en el cementerio, pero una propina alejó sus escrúpulos, y la huérfana pudo llegar hasta la cruz que había hecho poner sobre el sepulcro de su segunda madre.

Los árboles ya perdían sus hojas, y los tintes del otoño enriquecían la verdura; sus tonos ardientes parecían conservar un poco de la luz del sol que había desaparecido. En la creciente sombra distinguió Ariadna la piedra blanca de la cruz; se arrojó sobre la tierra húmeda; no había llevado flores, su plegaria bastaba como ofrenda, pues era tan pura y desinteresada como la que brota del corazón de una niña.

Cuando Ariadna regresó á la población, los faroles estaban encendidos, y la ciudad tenía esa alegre animación que señala la vuelta de los petersburgueses que estaban en el campo. Aquella noche había función en la Opera Italiana; los coches llevaban un torrente de aficionados ansiosos de no perder una nota. Enfrente, y vacía por completo, estaba la

Opera Rusa.

—Mañana—pensó Ariadna—para oirme á mí, los coches llevarán á la gente. ¡Si llegase á cantar mal!

Entró en su casa; siguiendo el consejo de Morini, se acostó temprano. Se dijo que no obtendría ningún éxito, y se resignó á todo.

—No tengo probabilidades—pensaba.—¿Por qué he de triunfar esta vez?

La mañana del día siguiente pasó como un relámpago. La princesa había venido con Olga para comer juntas y no faltar en el momento de levantarse el telón.

Olga no podía reprimir su júbilo; á cada instante abrazaba á su amiga: le predecía el éxito más ruidoso.

Quería á toda costa acompañarla á su cuarto y la princesa tuvo que emplear toda su autoridad para evitarlo.

Empezó la representación de *El Profeta*. Ariadna, ocupada en acabar de vestirse, no estaba en escena al comenzar; se la llamó, corrió con precipitación, embarazada con el traje, al que no había tenido tiempo de acostumbrarse.

—¡Vamos, pronto!—le dijo el empresario,—¡apenas hay tiempo!

La actriz que representaba el papel de Berta, quizá por la trigésima vez, cogiéndola por la mano, la arrastró á la escena.

Ariadna recibió de lleno un golpe en el corazón al ver la sala iluminada, cálida, poblada de cabezas, cuyos ojos estaban fijos sobre ella; tembló con tanta

fuerza que Berta la dijo al oído:

—Mire usted la escena, si no lo hace sentirá el vértigo.

Siguió el consejo, y tuvo tiempo de reponerse durante la romanza de Berta. En el momento de cantar la primera nota, sintió una impresión singular, como si su voz no fuera suya; pero había tomado resueltamente su partido y continuó con valentía.

La atención del público estaba fija sobre ella: su escultural belleza daba á su personaje un carácter de grandeza que hacía contraste con la actriz pequeña y esmirriada á quien sustituía en su papel; su elevada talla, noble y esbelta, no podía desaparecer por entero bajo el traje de matrona; desde el primer instante, su hermosura obtuvo un gran éxito.

—¡Y bien!—le dijo su profesor cuando entró entre bastidores,—esto ha acabado, ¿ya no tienes miedo?

—No—repuso Ariadna,—¿pero es esto la ópera?

—¿Y qué quieres tú que sea?—preguntó el italiano con asombro.

—No lo sé... me parecía que era otra cosa.

Nadie la dirigió la palabra, excepto el empresario que, para darla ánimos, la dirigió algunas frases; se esperaba ver lo que daba de sí la *novata*.

Al fin, llegó para Ariadna el instante de presentarse verdaderamente ante el público atento y serio.

Entró en la escena, sombría y simplemente puesta, pálida, tiesa, con andar casi automático. Las primeras notas del *arioso* brotaron de la orquesta.

Ariadna sintió un estremecimiento en todo su ser; algo le gritó dentro de su alma para decirle que el arte venía en su auxilio; puso la mano sobre el

hombro de Juan y de repente se quedó tranquila y segura, como abismada en el dolor; dijo más que cantó:

¡Oh, hijo mío!

Un estremecimiento recorrió la sala. Entre los *dilettanti* se cambiaron algunas miradas. Desde aquel momento, todo parecía esperarse de ella.

Ariadna no veía la sala que tanto la había espantado; cantó con un sentimiento profundo aquel *arioso* que le había revelado la pasión en el arte, allí donde hasta entonces no había conocido más que vagas aspiraciones. Acabó, y de repente la despertaron de aquel éxtasis los aplausos entusiastas. La aclamaban de todas partes; de las butacas, de la galería, retumbaban los gritos de *¡Bravo!* y la llamaban por su nombre.

—¿Pero no saluda usted?—le dijo el tenor,—le están aplaudiendo.

Ariadna, aun mal despierta, levantó los ojos y se inclinó.

—¡Que se repita!—gritaron de todas partes.

El director de orquesta levantó la batuta é hizo una seña á la cantante; las estremecedoras notas del acompañamiento advirtieron á ésta que debía repetir, pues aun no había comprendido. Repitió, pero esta vez más segura de sí misma y del auditorio; tuvo más valor que antes, cantó con toda su alma, y la sala oyó acentos que le eran desconocidos hasta entonces.

Fué el delirio; la orquesta aplaudía golpeando so-

bre los atriles. Ariadna fué llamada seis veces. La representación se interrumpió, los frenéticos *bravos*, en fin, todo lo que caracteriza las locuras musicales de los grandes éxitos le fué prodigado por el público; jamás debutante alguna obtuvo una ovación como aquella.

Cuando entró entre bastidores, todo había cambiado; los artistas, coristas, maquinistas, en una palabra, todo el personal del teatro se precipitó ante ella para aclamarla.

—Ya eres cantante—dijo Morini abrazando á su discípula temblorosa de emoción,—pero no creas nada de lo que estos te dicen, pues de lo contrario serías un asno en vez de un ruiseñor.

Ariadna no corría peligro de transformarse en asno; cuando menos no serían los elogios de sus camaradas los que realizasen este milagro; comparaba mentalmente la frialdad de la víspera con los elogios de ahora, sintiendo compasión por la debilidad y bajeza humana.

—Esto es lo mismo que en el primer acto de los *Hugonotes*—le dijo á su maestro,—en cuanto ven que uno está en auge, todos protestan de su adhesión. Como representan ante el público, no les agrada representar ante ellos.

—¡Eres una filósofa!—respondió Morini;—descansa para continuar tu éxito, aun falta lo más duro.

A Ariadna, bajo el influjo de una excitación extraordinaria, nada le asustaba ya; en un momento, había tomado posesión de su papel y del público. Representó y cantó la escena del anatema con una grandeza tan poética que los verdaderos aficionados de-

clararon no haber oído nada semejante desde que cantó la obra la Viardot. Los entusiastas le ofrecieron en un entreacto un enorme ramillete en el que la fecha del día estaba escrita con rosas blancas; al fin, bajó el telón, con un estruendo que debía causar envidia al teatro italiano, más acostumbrado á los triunfos ruidosos.

Olga esperaba á su amiga, con febril impaciencia, en el coche de su madre, ante el pórtico de los artistas; numerosos curiosos habían renunciado al final de la ópera para ver salir á la debutante. Apareció cubriéndose con un chal sus rubios cabellos, pálida aun de emoción, pero sonriente por haber visto el semblante de Olga asomado á la portezuela.

—¡Una flor de su ramo, una flor para recuerdo! —la dijeron.

Con ademán encantador, Ariadna arrancó á puñados las violetas de Parma y las rosas y las lanzó á la multitud. La portezuela se cerró tras ella, partiendo el coche al trote largo, mientras que atronadoras aclamaciones daban las gracias á la cantante.

—¿Estás contenta?—preguntó Olga á su amiga abrazándola, mientras que la princesa la dirigía sinceras y calurosas felicitaciones.

—¡Soy feliz!—repuso,—¡pero pienso que la señora Sékourof, á quien le debo todo esto, no ha podido gozar su obra!

Al entrar en el salón Ariadna vió á Ladof, que se les había adelantado; estaba invitado á tomar el te á la salida del teatro. La princesa, creyendo favorecer un afecto naciente en la joven cantante, procuraba con disimulo proporcionarles medios para que

se viesan. En efecto, Constantino, feliz, emocionado, felicitó á Ariadna con un calor que hubiese engañado á cualquiera. Olga sabía que aquello era pura amistad y entusiasmo musical; así es que no tuvo celos.

Ariadna, que aun no había vuelto por completo á la realidad de la vida, se dejó felicitar lo mismo que dejaba que la sirviesen el te, distraídamente; seguía viendo la sala del teatro iluminada con esplendidez, los semblantes vueltos hacia ella y las bocas abiertas para gritar su nombre, y un estremecimiento recorría su ser. Estaba contenta y tenía miedo. Como un niño que pasase la mano por la cabeza de un león, le parecía que aquel ser enorme que aquella noche la halagó, podía sentir alguna vez deseos de devorarla.

—¡Debe ser usted muy feliz!—dijo Ladof sentándose cerca de ella.

El natural tierno y cariñoso de aquel joven, en el fondo casi un niño, le hizo acordarse del sentimiento pasajero al cual le arrastraba su corazón.

—Sí—repuso Ariadna con su hermosa sonrisa vaga y soñadora.—¿Y usted, está contento?

En esta frase puso toda su alma. Ofrecía á Constantino el éxito de aquella noche, lo mismo que el aroma de su ramillete que tenía al lado sobre una mesa.

—Deme usted una flor para recuerdo de esta noche —dijo el joven tendiendo la mano.

Todo el mundo las tiene—replicó Ariadna;—me las han pedido en la calle... Prefiero darle á usted otra cosa.

Desenrolló una hermosa cinta blanca con la cual estaba atado el ramillete; pero en el momento de ofrecérsela á Constantino se acordó de que no estaban solos. Cogiendo un cuchillo de cortar pan que había sobre la mesa, partió la cinta en dos pedazos, dando uno á Olga y el otro á Ladof.

—Ustedes son mis mejores amigos, y yo me acordaré de esta noche sin esta cinta.

Los dos enamorados cambiaron una mirada furtiva al recibir las mitades de la cinta... Aquella mirada cayó sobre el corazón de Ariadna como un témpano de hielo... ¿Había vivido soñando hasta entonces, para desconocer la verdad?

Peró Constantino le besó la mano con tanta gratitud, puso tanto calor en la expresión de su alegría, que la joven creyó haberse equivocado.

Sin embargo, su felicidad había perdido las alas de la ilusión y ya no se remontaba.

Al siguiente día, antes de las doce, los restos de su ramillete descansaban sobre la tumba de su bienhechora; las flores del triunfo eran las únicas que Ariadna le quería ofrecer.

Los periódicos no dejaron de ocuparse con elogio del éxito de la debutante. Dos días después, un periódico desconocido publicaba sobre Ariadna un artículo pagado donde del modo más odioso se refería la historia de la pobre niña; el autor del artículo debió necesitar valor para cobrarlo, pues lanzaba á Ariadna al fango. Para que ella no lo ignorase, una mano cuidadosa marcó el artículo con lapiz rojo y ea un sobre cerrado lo depositó en la habitación del portero de la princesa.

Ariadna leyó aquel conjunto de horrores, no con sangre fría, pero sí con apariencia tranquila. Olga, que estaba presente, quiso leerlo después. La joven se lo quitó tranquilamente de las manos.

—¡Cómo!—replicó Olga incomodada al encontrar resistencia,—¿no quieres que conozca los elogios que te dirigen?

—No son elogios—repuso Ariadna,—esto te haría daño.

—¿Pues, qué es?

—El reverso de la medalla. Si no tuviese enemigos sería prueba de que no tengo talento.

Ariadna sabía poner buena cara á pesar de sentirse herida en su honor, pero la llaga sangró durante mucho tiempo. Aquel periódico siguió zahiriéndola varios días más. Como puede suponerse, el artículo era obra de la artista á quien Ariadna sustituyó momentáneamente.

Como aquella nunca tuvo tanto éxito en los papeles que representó, contentándose con ser una medianía, pensaba en lo muy difícil que le sería representar el *Profeta* después de la debutante. Así es que empleaba para denigrarla todos los medios que tenía á su alcance.

Le era demasiado fácil atacar á Ariadna; en la segunda representación oyó frases de doble sentido y sarcasmos lanzados por una mano muy experta. Hasta en los artistas que tomaron parte en la ovación de la primera noche, conociendo que debían hacerse perdonar su deserción por la propietaria, trataron de hacerse desagradables á Ariadna. Entonces supo que en el teatro, más que en ninguna otra

parte, hay que luchar para vivir, y que salvo raras excepciones, en aquel ambiente excepcional, los buenos son las víctimas de los malos.

Aquello fué una persecución sorda. El tenor le dirigía algunas burlas antes de responderle, y Ariadna poco acostumbrada á ellas, sentíase turbada, trabajando con frialdad. En el momento de empezar un duo, Berta le decía:

—El manto rojo se le ha caído á la izquierda; parece usted un maniquí de modista pasado por la colada.

Un corifeo le pisaba la cola al avanzar sobre las candilejas. La campanilla de su cuarto estaba llena de papeles. ¿A quién acusar?...En una palabra, era un sistema de persecución en la que todos estaban complicados y todos eran inocentes.

La paciencia de Ariadna, ya muy puesta á prueba, se agotó y fué á quejarse al empresario.

—¿Puede usted señalarme á alguien de quien tenga que quejarse?

—No—repuso Ariadna,—son todos y no es nadie.

—¡Pues bien! ¿Qué quiere usted que yo haga?—respondió aquel hombre, acostumbrado á todas las quejas imaginables.

Morini se puso á reir cuando Ariadna le participó lo que le ocurría.

—Has de ver muchas cosas más—le dijo.

—En mi época se hacían bufonadas abominables en la escena. Trabajó conmigo un bajo, del cual era yo amigo, que á la vez que cantaba su parte, con el brazo puesto sobre mi hombro, se divertía en hacerme caer la visera del casco sobre la nariz cada vez

que yo abría la boca para cantar. Esto me lo hacía diez veces cada noche. ¿Crees que he ido en busca del empresario para quejarme? ¡Entonces no me hubiesen dejado en paz!

—¿Pues, qué hizo usted?

—Nada, cuando estaba de mal humor me iba á dar tormento á otro. Trata de ser la más lista ó la más mala. ¡Eso forma el carácter!

Ariadna no estaba dispuesta á formarse el carácter de aquella manera. Siempre desconfiando de que le jugasen una mala pasada, se volvió inquieta, cantando con frialdad. A la cuarta representación empezaron á preguntarse si no se habrían equivocado al juzgar á la debutante. El periódico enemigo se apoderó de este cambio en la actitud del público para concluir de aplastar á Ariadna.

El día de la quinta representación, Morini cayó como una bomba en el saloncito donde estudiaba su discípula.

—Me has hecho pasar una noche en blanco—le dijo con el peor humor que se puede imaginar.—Si tú cantas esta noche como el miércoles último, no hay más que tirarlo todo por la ventana. ¡Basta! ¡se acabó la Mellini!

—Pero, querido maestro—respondió Ariadna con las lágrimas en los ojos,—¡esto no es culpa mía! ¡Me pregunto qué he de hacer, se me ataca por todos los medios! ¡He aquí que el director de orquesta no me deja desarrollar las cadencias! ¡Lo más que puedo hacer es cantar á compás, y eso poniendo todo mi cuidado!

—¡Eh!—exclamó Morini, mucho más furioso al

ver que Ariadna tenía razón,—habrá que emprenderla con el director de orquesta. ¡Qué diablo! hay muchos medios de hacer mal á las gentes...

Ariadna miró con fijeza á su profesor y bajó los ojos.

—No se trata de hacer nada reprehensible—repuso más tranquilo,—pero con buenas palabras se amansa á unos y á otros; se les sonríe, se conversa, se hace uno agradable... Tú pasas entre ellos como si no fuesen nadie.

—¿Pero son alguien?—preguntó Ariadna con firmeza.

Morini movió los hombros.

—Que sean poco ó mucho, no importa—dijo,—lo esencial es que no te hagas odiosa. Te portas con ellos como si fueses la Fodor ó la Malibran; pero, querida, ¡creen que son tan buenos como tú! Les molestas inútilmente, y no es así como te labrarás una posición en el teatro.

—Si lo que he visto hasta ahora es el teatro—dijo Ariadna con desagrado,—prefiero permanecer en la obscuridad y no cantar para nadie más que para mí.

—Hablas muy á tu gusto—exclamó Morini exasperado,—¡no ha sido para que vuelvas á la obscuridad por lo que te he dado lecciones dos años y medio!

—Es verdad—repuso Ariadna inclinando la cabeza;—no soy libre; perdóneme usted, cantaré bien esta noche, se lo prometo.

—Vamos, querida mía—le dijo el italiano al notar que el orgullo de Ariadna había interpretado mal su lenguaje,—no te incomodes; no he tenido la idea

de reñirte; te quería decir que he fundado en ti hermosas esperanzas; he creído que tu nombre sería famoso; que al decir que eras alumna mía, mi nombre pasaría á la posteridad en unión del tuyo. ¿Tú no querrás arrancarme semejante idea, no es así?

—Mi querido maestro—repuso Ariadna cogiendo la seca mano del profesor,—yo no quiero perjudicarle en nada. Usted no es responsable de mi desgraciado destino, que me ha hecho nacer pobre y depender de otros. Tal como soy, sería una ingrata al no mostrarme agradecida con los que han trabajado para mejorar mi suerte.

El italiano se fué más tranquilo; antes de irse, le dijo:

—Además, es la última vez que cantas por ahora; tendrás para descansar todo el invierno, y probablemente debutarás en los Italianos en la próxima temporada. Por esta vez, hazlo lo mejor que puedas. Sin embargo, tengo curiosidad por ver cómo el público recibe á la Boulkof cuando vuelva á tomar su papel después de ti. ¡Entonces se sabrá lo que tú vales!

Salió, y Ariadna, al quedarse sola, se oprimió el pecho con las manos para ahogar los sollozos que se le escapaban.

—¡No, no soy libre!—dijo con amargura,—¡los pobres nunca son libres!

La puerta se abrió con suavidad y Olga entró con precaución.

Ariadna la miró no sin un resto de amargura. Debía á aquella joven rica y feliz su pan cotidiano. ¿Sería preciso que siempre le debiese algo á al-

guien?

Olga avanzó con modestia, casi con humildad, cosa que no tenía por costumbre; llevaba en la mano una cartera ricamente adornada; parecía más una alhaja que un objeto útil.

—Tu profesor te ha reñido ¿no es verdad?—la dijo.—Lo he oído; me he puesto á escuchar un poco, perdóname, querida Ariadna.

La joven hizo un ademan de indiferencia. ¿Qué le importaba? Su dependencia no era un secreto para nadie.

—No sé cómo explicar lo que te he de decir—añadió Olga,—es muy difícil, y tu orgullo no hace muy cómoda mi misión. Hemos preparado mi madre y yo un pequeño recuerdo en conmemoración del triunfo de tu primer debut... hemos puesto nuestros retratos.

Ariadna tendió la mano hacia el objeto que le presentaba su amiga; pero ésta le retenía con una especie de temor.

—Compréndeme bien, querida Ariadna, ya sabes cuán importante es la deuda que tengo contraída contigo, y sabes que no espero podértela pagar nunca. Lo que te ofrecemos no es más que un medio de librarte de una parte de la carga que pesa sobre ti.

Abrazó afectuosamente á su amiga y poniéndole la cartera en la mano, quiso huir; pero Ariadna la detuvo con un ademán imperativo.

—Espera—le dijo.

Abrió la cartera; en efecto, contenía los retratos de la princesa Orlina y de su hija, y en un compar-

timento halló un paquete de billetes de banco metidos en un sobre con la siguiente inscripción: «Precio de las lecciones del señor Morini.»

El primer impulso de Ariadna fué rechazar el dinero; el segundo, de prorrumpir en llanto. Olga la estrechó entre sus brazos.

—¿No vale más—le dijo con una dulzura y una humildad que nadie hubiese podido sospechar en ella,—no vale mil veces más sentirte libre de tu maestro? Suponte que estás enferma ó que te desagrade el teatro, ya eres libre para no cantar, (tú ya lo has dicho). Por ti, y hasta un poco por tus amigos. ¿Dime, tendrás valor de rechazar ésto?

—¡No!—dijo Ariadna fijando sobre su amiga los ojos llenos de llanto, y de confusión el hermoso semblante; —no tengo derecho para rechazarlo. Morini es viejo y no es rico; le debo mucho. Si en efecto caigo enferma, si muriese antes de pagarle mi deuda...

—¡Quieres no hablar de semejantes cosas!—exclamó Olga tapando con la mano la boca de la artista, quien la separó.

—¿Por qué no? La muerte no tiene nada de espantoso para mí; pueden temerla los que son ricos, felices, amados...

—Tú serás amada—dijo Olga con entusiasmo.

—¿Lo crees tú?—dijo Ariadna sin atreverse á mirarla.

—Estoy segura. Eres demasiado hermosa, muy grande artista, para no ser adorada. ¿Quién no podrá corresponder al amor que le inspires?

Olga era sincera. Ariadna había cerrado su alma

de un modo tan impenetrable, que nunca su amiga supuso que Ladof la inspirase algún afecto. Por otra parte, ¿es propio de los enamorados notar la pasión de los otros?

Ariadna no contestó; las palabras de Olga estaban de acuerdo con los secretos deseos de su corazón. Se asió á la esperanza que le ofrecían como á una tabla de salvación. La vida del teatro le desagradaba, le pesaba mucho depender de ella; pero si Constantino la amaba, la pondría á cubierto de todas estas miserias. En efecto, comprendía que era hermosa y digna de ser amada. Tenía esperanza.

—Me voy—dijo Olga al ver recobrar la tranquilidad en el semblante de su amiga;—tienes necesidad de descanso, puesto que cantas esta noche. Piensa al menos, en que si así lo quieres, puedes cantar esta noche por última vez. Mi madre me encarga te diga que tu puesto está á nuestro lado y que no debes buscar otro asilo mientras seas dichosa aquí.

Después de pronunciar frases tan consoladoras, se escapó y Ariadna se quedó libre para meditar.

—No—se dijo después de meditar un instante,—yo no daré este dinero á mi profesor, sería faltar á la gratitud; al darme las lecciones, era otro el interés que le guiaba. Pero si me ocurriese una desgracia, si por ejemplo perdiese la voz...

Suspiró, su alma fatigada por una lucha incesante con los infortunios de la vida, no le presagiaba más que cosas fúnebres.

Llegó la noche, y cantó mejor aun que el día de su debut; el complot contra ella no se atrevió á

mostrarse; tanto era el ascendiente que la joven cantante tomaba sobre el público, que cualquiera que se hubiese atrevido á luchar contra su éxito hubiese sido castigado sin piedad.

Coronas, llamadas, gritos de entusiasmo, todo igualó, hasta sobrepujó á la ovación de la primera noche; y Ariadna salió del teatro consagrada *estrella* por el delirio de dos mil espectadores.

—¡Y bien!—le dijo Morini al acompañarla.—¿Te has reconciliado con el teatro?

Se frotaba las manos con júbilo. Ariadna no quiso disipar su alegría y respondió con evasivas. Al entrar en la casa, al encontrarse sola en la paz de su gabinete de soltera, pensó lo que entra de amor propio, de necesidad humana, en un éxito de primera clase, y se dijo, como el sabio: ¡Todo es vanidad!

—¡Ah! mi querido grande arte—se dijo con el desfallecimiento más profundo.—¡Te quería más cuando sólo cantaba en el instituto y lloraba al oír mi propia voz, sin saber por qué!